

ARCHIVO 3AM



HISTORIAS PARA CERRAR BIEN LA **PUERTA**

Doce relatos de acoso, secretos familiares y manipulación
para quienes ya no pueden dormir sin el celular en la mano

12 RELATOS

1

Historias Para Cerrar Bien la Puerta

Doce relatos de acoso, secretos familiares y manipulación para quienes ya no pueden dormir sin el celular en la mano

© 2026 ARCHIVO 3AM. All rights reserved.

Dieser Ratgeber ersetzt keine professionelle Beratung.

Contents

—	Antes de Apagar la Luz	4
01	El Hombre Que Contaba los Días	9

Antes de Apagar la Luz



Ya conoces el trato. Llegaste hasta aquí con el teléfono a oscuras, la pantalla como única luz de la habitación, y probablemente ya revisaste la cerradura antes de meterte en la cama. No hace falta que me lo confirmes. Lo sé porque eres de los que vuelven, y los que vuelven son siempre los mismos: gente que necesita que algo le haga compañía en el silencio sin exigirle nada a cambio. Ni pensar, ni resolver, ni sentirse mejor al final. Solo acompañar.

Así que vamos a dejar clara una cosa antes de empezar, porque es la única regla de este libro y no pienso romperla ni una vez en las próximas doce historias.

Aquí no hay sustos baratos.

No vas a encontrar un grito que salte de la nada en la página quince solo para que se te acelere el pulso durante tres segundos y luego se te olvide. Eso es barato porque no cuesta nada construirlo y no deja nada cuando termina. Lo que vas a encontrar es otra cosa, más lenta y más sucia. Vas a encontrar puertas que se quedan sin llave un jueves cualquiera. Vas a encontrar a una madre que empieza a decir cosas que no dijo, y a un hermano que jura que sí las dijo. Vas a encontrar un vecino que saluda con demasiada exactitud, como si hubiera memorizado el horario de alguien. Nada de eso grita. Todo eso, sencillamente, empieza a no cuadrar.

Ese es el material con el que trabajamos aquí. Amenazas que nacen en lo doméstico, en lo que ya conocías de memoria antes de que se volviera irreconocible. Un grupo de mensajes que de pronto tiene un integrante que nadie recuerda haber agregado. Una caja de fotos familiares donde falta siempre la misma cara. Un trabajo nuevo, una

ciudad nueva, un plan para empezar de cero que alguien más ya conocía antes que tú se lo contaras a nadie. El miedo, si está bien hecho, no necesita monstruos. Necesita una rutina que se rompe un grado a la vez, tan despacio que cuando por fin miras hacia atrás ya no reconoces en qué punto exacto dejaste de estar a salvo.

Doce historias, doce puertas distintas. Historias de acecho que empiezan con un simple "te vi por ahí" y terminan con alguien que sabe en qué cajón guardas las llaves de repuesto. Historias de secretos de familia que llevaban enterrados más años de los que tú llevas vivo, y que salen a la superficie justo cuando menos preparado estás para sostenerlos. Historias de manipulación tan fina que la víctima tarda capítulos enteros en darse cuenta de que lo es, y para cuando lo entiende, ya perdió la costumbre de confiar en su propia memoria.

No hace falta que las leas en orden. Ninguna depende de la anterior, ninguna te va a dejar perdido si empiezas por la que te llame la atención esta noche y dejas las demás para otra madrugada distinta. Cada relato cierra su propia puerta. Cada uno tiene su principio, su punto en el que algo se tuerce sin avisar, y un final que se supone que te va a acompañar un rato después de apagar la pantalla. Puedes saltar, puedes volver, puedes leer solo la mitad y dejar el resto para cuando el silencio de tu cuarto vuelva a pedir compañía. El pacto sigue siendo el mismo en cualquier orden.

Lo único que te pido es paciencia. La tensión de estas historias no viene con prisa. Se construye igual que se construye la desconfianza real, con una mirada de más, un detalle que no coincide, un mensaje que llega a una hora en la que se supone que nadie debería saber

que estás despierto. Si esperas el golpe inmediato, no lo vas a encontrar. Si esperas ese peso lento que se te acomoda en el pecho y ya no se va, ese sí está en cada página.

Y antes de que empieces, quiero que hagas una cosa. No por mí, sino porque es parte del ritual y tú ya lo sabes.

Revisa la puerta.

No la mires desde la cama, no confíes en el recuerdo de haberla cerrado hace un rato. Levántate, ve hasta ella, pon la mano sobre la cerradura y comprueba que el pasador esté puesto. Es un gesto pequeño, casi tonto, pero es el mismo gesto que hacen todos los personajes de este libro justo antes de que algo empiece a torcerse. La diferencia entre ellos y tú es que tú todavía tienes tiempo de hacerlo bien.

Ahora sí. Apaga la luz si quieres, o déjala encendida, eso ya es cosa tuya. Pero la puerta, ciérrala. Y cuando estés listo, con el celular cerca y el silencio del cuarto acomodado a tu alrededor, pasa a la primera historia.

Ahí te espero.



Empecemos.

El Hombre Que Contaba los Días

La primera nota decía solo un número: 47.

Mariana la encontró bajo el limpiaparabrisas, doblada en cuatro, la letra pequeña y apretada como la de alguien acostumbrado a escribir en espacios que no le pertenecen. Pensó en publicidad, en una broma de sus compañeros del turno de noche. La arrugó y la tiró en el primer cesto de basura que encontró camino a casa.

La segunda llegó ocho días después. Esta vez no estaba en el auto sino debajo de la puerta de su departamento, deslizada con tanta precisión que la esquina tocaba exactamente el borde de la alfombra. 55.

Ocho más que la primera.

Mariana se quedó de pie en el pasillo, la nota entre los dedos, haciendo la cuenta que cualquiera haría. Ocho días entre una nota y otra. Un número que subía. Alguien contaba algo, y ese algo tenía que ver con ella.

La decisión de no darle importancia

Durante dos semanas eligió el camino que elige la mayoría de la gente razonable: ignorarlo. Se dijo que probablemente era un vecino con un sentido del humor espantoso, o un exnovio que todavía no

entendía que las cosas habían terminado hace tiempo. Cambió la cerradura del buzón. Empezó a estacionar el auto en el subterráneo del edificio, bajo cámaras, aunque las cámaras del edificio llevaban meses sin funcionar y ella lo sabía.

La tercera nota llegó de todos modos. 63. Esta vez en el bolsillo de su abrigo, el que había dejado colgado en la entrada del gimnasio mientras nadaba.

Ahí fue cuando dejó de ser un chiste.

Mariana empezó a anotar las fechas en su teléfono, no porque quisiera investigar sino porque necesitaba entender el patrón, domesticarlo con lógica. Ocho días. Siempre ocho días. Y el número subía siempre en esa proporción exacta, como si respondiera a un calendario que no era el suyo sino el de otra persona.

Llamó a la policía la cuarta semana. El oficial que la atendió llenó el formulario sin levantar mucho la vista y le explicó que un número en un papel no constituía amenaza, que sin un nombre, sin una cara, sin nada más que cifras crecientes, no había mucho que pudieran hacer. Le sugirió una alarma para el departamento. Le sugirió, en el mismo tono con que se llenan los formularios, que llevara un registro.

Ella ya llevaba un registro. Lo que necesitaba era saber qué estaba contando.

La investigación

Fue su hermana quien lo dijo primero, sin pensarlo demasiado, mientras tomaban café una tarde de domingo.

"¿Y si no es un número random? ¿Y si son días desde algo que pasó?"

Mariana pasó esa noche despierta, repasando el calendario hacia atrás desde la fecha de la primera nota. Cuarenta y siete días antes, contando rápido con el dedo sobre la pantalla del teléfono, era el día en que se había mudado a ese departamento.

Dejó el teléfono sobre las rodillas y se quedó mirando la pared un rato largo. No era una coincidencia razonable. Era una fecha que solo ella, la inmobiliaria y quizás algún vecino curioso podían conocer con exactitud.

Empezó entonces la parte que después, mirando atrás, entendería como el verdadero error: quiso saber más. Consiguió, a cambio de dos noches de propina, que el guardia del edificio de enfrente, el único con cámaras que sí funcionaban, revisara con ella las grabaciones de los días en que había recibido notas. Lo que encontró no fue una cara ni una sombra. Fue un vacío exacto: cuatro minutos sin señal la noche de la primera nota, seis minutos la noche de la tercera, siempre alrededor de la hora en que ella calculaba que debían de haber sido dejadas. El resto de cada grabación, horas enteras, estaba intacto. Solo faltaban esos minutos. El guardia, incómodo, dijo que nunca había visto algo así, que el sistema no fallaba de esa manera, por partes tan precisas.

Mariana no necesitaba que apareciera una cara en la pantalla. Los minutos vacíos le decían más que cualquier imagen: quien dejaba

las notas sabía exactamente cuándo se cortaba la grabación, lo cual significaba acceso, no solo paciencia. Conocía sus horarios. Conocía la disposición de su abrigo en un gimnasio al que iba solo los martes.

Habló con el conserje del edificio anterior, el que había dejado cuarenta y siete días antes de la primera nota. Le preguntó, con una excusa torpe sobre correo perdido, si alguien había preguntado por ella después de la mudanza. El hombre, un señor mayor que recordaba a todos sus inquilinos con una precisión casi dolorosa, le dijo que sí. Un hombre joven, dijo, educado, que había preguntado si Mariana se había ido bien, si le había dejado una dirección de reenvío. El conserje, orgulloso de su discreción, le aseguró que no le había dado nada.

Pero no necesitaba que se lo dieran. La había seguido.

El número que nunca vuelve a cero

Las semanas siguientes trajeron cuatro notas más, cada una ocho días después de la anterior: 71, 79, 87, 95. Mariana dejó de sorprenderse y empezó a archivarlas en orden dentro de un sobre de papel madera, guardado en el cajón de los documentos importantes, como si el orden pudiera devolverle algo de control sobre lo que estaba pasando.

Fue entonces, revisando ese sobre una noche con su hermana, que la fecha de origen volvió a moverse.

"¿Estás segura de que te mudaste un miércoles? Porque yo ayudé con las cajas y me acuerdo clarísimo que fue jueves."

Mariana se rió, al principio, porque la mudanza le parecía el único dato de esos meses del que no tenía dudas. Pero abrió el contrato de alquiler completo, no la foto recortada del recibo que había mirado esa primera noche, a las tres de la mañana, medio dormida y con el corazón todavía acelerado por la tercera nota. La fecha de firma y entrega de llaves era, en efecto, dos días después de la que ella tenía anotada. Se había equivocado sola, contando rápido, contando con miedo, restando los días en la cabeza como quien reza para llegar antes a un lugar seguro.

Corrigió la cuenta con el contrato abierto sobre la mesa. Cuarenta y siete días antes de la primera nota, la fecha correcta, no caía en la mudanza. Caía dos días antes, un martes que reconoció enseguida porque lo tenía guardado en otra parte de la memoria, no en los documentos: la tarde en el supermercado en la que había sentido, por primera vez, que alguien la observaba desde el pasillo de los cereales. Una sensación que había descartado entonces como cansancio, como paranoia de mujer sola en una ciudad grande.

No había sido paranoia. Había sido el primer día.

El día en que él la encontró.

La octava nota llegó un martes, dentro de su casillero del gimnasio, el mismo que usaba siempre, el que creía que solo ella conocía la combinación. 103.

La novena nota no llegó en papel. Llegó pegada al espejo del baño, escrita con el vapor de la ducha, de un lado que solo alguien parado dentro de la bañera podría alcanzar. 111. Y debajo, por primera vez, unas palabras.

*"Cada día que pasa es un día que no puedo dejar de contar.
Si el número vuelve a cero, significa que te perdí. Y yo no te
voy a perder otra vez."*

Mariana entendió entonces que el hombre que contaba los días no llevaba la cuenta de cuánto tiempo llevaba acosándola. Llevaba la cuenta de cuánto tiempo llevaba sin dejarla ir.



Ella todavía revisa el limpiaparabrisas cada mañana. Ya no necesita hacer la cuenta de los ocho días, la lleva de memoria, marcada en el cuerpo como una fecha que no eligió. Pero cada noche, antes de salir de la ducha, pasa la palma abierta por el espejo empañado, despacio, de punta a punta, para asegurarse de que no haya nada escrito debajo del vaho.

Hasta esta noche, el espejo siempre sale limpio.

END OF SAMPLE

Keep reading

This is a free sample of **Historias Para Cerrar Bien la Puerta**.
The full book — PDF and EPUB, instant download — is
available on the book page this sample came from.